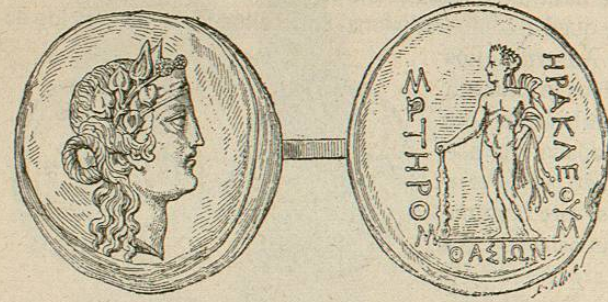


helvecios el uso de las letras griegas; los arvernos, limítrofes de la Narbonense, se servían del alfabeto latino. Tenemos muy numerosas medallas galas, y en muchas de ellas se ve un caballo sin rienda ó un jabalí, doble símbolo de la libertad y de la guerra.

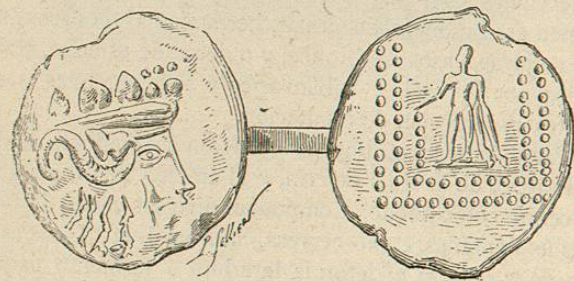
Su sistema monetario era el de los galos del Danubio, que después del pillaje de la Grecia, copiaron las magníficas estatuas de Filipo II, de Tasos, etc., aunque en sus



Tetradracma de Tasos (1)

poco hábiles manos, el tipo hubo de perder su belleza. Sin embargo, habían venido á la gran Galia bastantes monedas macedonias para que se establecieran numerosos talleres monetarios, que suministraron tipos curiosos, en que la vanidad de los jefes hizo que se reprodujera su imagen (2).

El comercio tenía una actividad que explica la riqueza de la Galia y facilitaban los puentes echados sobre los ríos, los caminos sólidamente establecidos, aun á través de los



Imitación gálica de una moneda de Tasos

pantanos, una navegación fluvial muy activa y numerosas monedas que facilitaban los cambios. El granate fino que encontraban al pie de muchas de sus montañas, era muy solicitado por los griegos desde el tiempo de Alejandro. Los secuanos expedían por el Saona y el Rin sus salazones á Marsella, que á su vez los enviaba á Italia y á Grecia, adonde sus marinos llevaban también los quesos de Cevenas y de los Alpes, los vinos de Beziers y de las costas de Duranzo, y los esclavos comprados á veces por un ánfora de vino. En aquel tiempo, con aquel inmenso consumo de esclavos que hacían las sociedades civilizadas, el hombre era el género más solicitado, género que ofrecía la seguridad de colocarse bien y pronto, y la Galia suministraba al comercio en abundancia esta mercancía.

(1) Cabeza de Baco; reverso, ΗΡΑΚΛΕΟΥΣ ΣΩΤΗΡΟΣ ΘΑΣΙΩΝ. Hércules de pie, apoyado en su maza y con la piel del león de Nemea al brazo.

(2) Sobre las numerosas minas de la Galia, véase á Desjardins. Recientemente se ha reconocido que el estaño fué antiguamente muy explotado en la Galia, y la extracción del cobre, de la plata y del oro, más activa que hoy. Teniendo los antiguos muchos esclavos, los empleaban en trabajos poco productivos, que no harían vivir á nuestros operarios libres. Además, gracias al comercio, los minerales ricos han hecho abandonar los minerales pobres. Así se explica que la Galia fuera famosa por su riqueza en metales preciosos, y no lo sea Francia.

Exportaba también recios tejidos, cacharrería negra, y tenía con la isla de Bretaña numerosas relaciones, cuyo centro era Corbilo, á la embocadura del Loira. Los venetos, alrededor de Morbihán, hasta tenían su marina que en cierto concepto era superior á la de los romanos y los griegos. El remo, máquina de los tiempos clásicos para la marina militar, fué sustituido por la vela, que permitió largos viajes, y que en nuestros días sólo el vapor tiende á reemplazar ventajosamente. Sus barcos, igualmente adecuados á la gran navegación y al cabotaje, navegaban por altamar, ó penetraban, al través de los escollos y de las barras ó bancos de arena, en el interior de los golfos y de los ríos.

A César dieron mucho qué hacer aquellos audaces marinos que iban á buscar el estaño y el cobre á la Bretaña, los grandes perros y la peletería de Irlanda y de Escocia. En muchas páginas de sus *Comentarios*, habla César de los comerciantes que recorrían la Galia y traficaban en Bretaña y hasta en la Germania. Comerciantes galos fueron los que tranquilizaron á los soldados de César respecto de los suevos y los que dieron á los bretones el primer aviso de la expedición de los romanos á su isla.

Las ciudades se multiplicaban y se rodeaban de murallas formadas con grandes capas de árboles y piedras alternadas, como ha podido verse en los restos del recinto de Mursceints. Los árboles, desbastados en forma de vigas de 40 pies de longitud, se unían y ligaban por travesaños interiores. Con esto, el fuego no prendía en las piedras, ni el ariete hacía mella en las vigas, con cuyos cabos ó extremos únicamente topaba: Julio César admira esta ingeniosa combinación.

En Peran, cerca de Saint-Brieuc, se ha encontrado algo más singular: una muralla cimentada con vidrio fundido, «un castillo de cristal», como dicen los escoceses, que tienen en su país siete ú ocho de estos recintos vitrificados. El milagro no era difícil de realizar: capas de arena y helcho y encima un buen fuego mantenido durante muchos días, daban este resultado. Algún fuego encendido en sus playas ó en sus landas hubo de revelar sin duda á los galos la fácil vitrificación de la arena. Los fenicios habían encontrado de esta manera el arte de hacer el cristal.

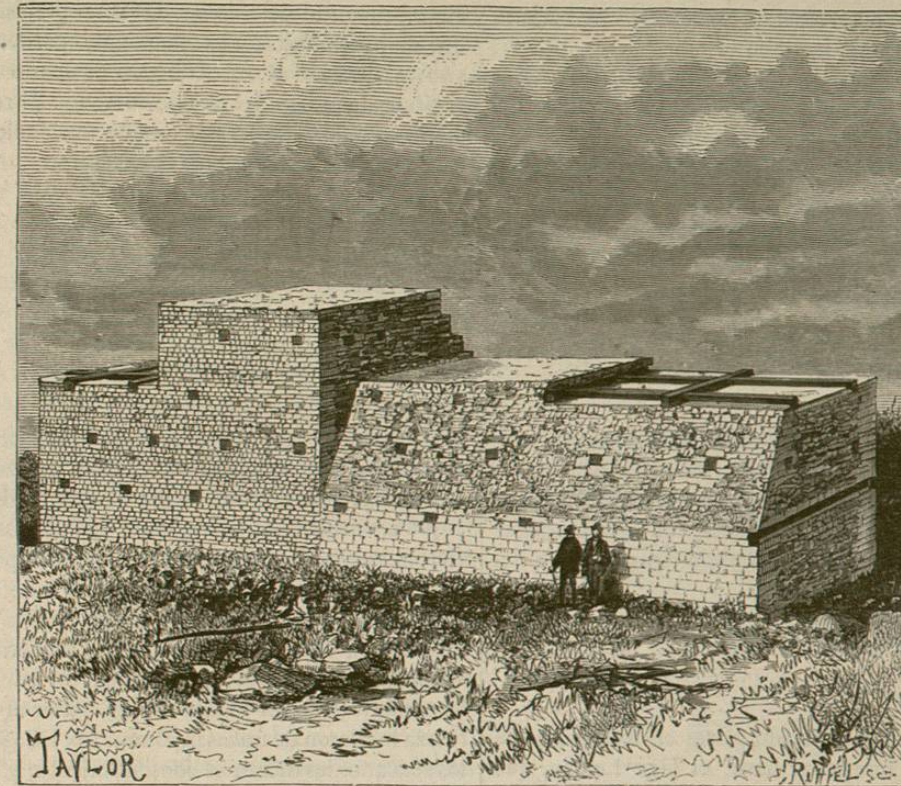
La Galia marchaba, pues, por sí misma y sola: estaba dividida, pero menos que lo habían estado Italia y Grecia y no le faltaban elementos de civilización. Suele preguntarse qué hubiera venido á ser la Galia sin la conquista romana; si la pérdida de su independencia fué ó no fué un bien: si no hubiera salido de las entrañas de la sociedad gálica, bajo la serena y pacífica influencia de Grecia y de Italia, una civilización más original y acaso mejor que la que le fué inoculada por Roma.

Sin duda es enojoso que la Galia no hubiera llegado al completo desarrollo de su vida nacional; pero era imposible que lo hubiera conseguido. Situada entre los romanos que, para cubrir la Italia, tenían necesidad de poseer sus aproches, y los germanos, que por espacio de más de veinte siglos, codiciaron la Galia, este país no podía dejar de ser más tarde ó más temprano, el campo de batalla de las dos razas enemigas. En la Galia fué donde Mario venció á los teutones; allí donde César iba á combatir á Ariovisto, y allí también donde los emperadores atajarán la invasión hasta la última hora del imperio. La guerra que va á comenzar era una de aquellas fatalidades históricas que no permiten á los ánimos levantados inútiles pesares. «Desde el origen de nuestro imperio, dice Cicerón, no hay nadie que, teniendo una idea clara de las condiciones de existencia de nuestra república, no haya pensado que los galos eran

para ella el mayor peligro (1),» y por consiguiente su sujeción una necesidad para Roma.

Sabemos que los romanos habían comenzado, sesenta años atrás, la conquista del país transalpino y que los pueblos establecidos de Ginebra á Tolosa y de Tolosa á San Bertrán de Cominges, habían reconocido la autoridad del senado. Desde sus grandes establecimientos de Narbona y de Aix, vigilaban los romanos la Galia Cabelluda. Habían humillado á la poderosa nación de los arvernos con la derrota de Bituit y concedido á los eduos su interesada protección. Así, el temor ó la confianza que Roma inspirara á estos dos pueblos, limítrofes de la Provincia, permitió á los

gobernadores hacer impunemente pesar sobre ella todas las exacciones. Cuando los alóbroges, ya agotada su paciencia, se sublevaron, después de la conjuración de Catilina, fueron derrotados sin que un solo galo sacara la espada para defenderlos (61). El estado de la Galia no era tampoco para que aquellos pueblos pudieran abandonarse á empeños belicosos. Desde la revolución que había derribado á los gobiernos aristocráticos, se venían formando dos partidos en cada ciudad, en cada villa y casi en cada familia, y las nuevas repúblicas, demasiado jóvenes para que la libertad fuera en ellas pacífica, estaban entregadas á todas las tempestades que sublevaron ambiciones rivales ó descon-



Oppidum de Mursceints. - Restauración en relieve. Museo de San Germán (2).

tentas. Hacia los tiempos del consulado de César, había recedido en una hoguera un jefe arverno por haber querido restablecer la monarquía proscrita, y por aquel entonces tres nobles de los helvecios, secuanos y eduos conspiraban para derribar el gobierno democrático.

Fuera de esto, todos aquellos pueblos eran rivales y todos los años estallaba la guerra ahora por un punto, ahora por otro. Orgullosos del vencimiento de los arvernos y muy pagados del título de aliados de Roma, los eduos habían abusado de su poder y del temor que inspiraban las legiones para oprimir á sus vecinos. Dueños del curso medio del Loira por la plaza fuerte de Nevers y del Saona por Macón y Chalón, habían prohibido á los de Auvernia la navegación por el primero de estos ríos y cargado con pesados derechos los géneros que los secuanos expedían por el otro para Marsella. Aconsejados de su enojo, se unieron estos dos pueblos, y para estar más seguros de vencer, tomaron á sueldo quinientos mil suevos bajo la conducta de su caudillo Ariovisto.

Los eduos fueron batidos y tuvieron que entregar rehenes; pero los secuanos no se gozaron por mucho tiempo en

(1) De *Provinciis consularibus*, 13.

(2) Restauración de este muro gálico, cuyos restos se descubrieron en 1868.

su triunfo. Hijo de los húmedos bosques y de la tierra inculta de Germania, Ariovisto no quiso ya abandonar el bello país, que con harta imprudencia se le había abierto, y con varios pretextos, hizo venir ocho veces más guerreros de los que había prometido, exigiendo para ellos una tercera parte del territorio secuano.

Los secuanos y los eduos, unidos para una opresión común, tuvieron que revolverse ahora contra el rey germano. Ariovisto engañó el enojo de ambos refugiándose allende los pantanos, fatigó así su paciencia y luego aprovechó una ocasión favorable para derrotarlos. Su victoria en la confluencia del Saona y el Oignón le hizo todavía más ávido y exigió ahora otra tercera parte del territorio para veinticuatro mil hombres, aliados suyos.

Contra estos dominadores del Este hubieron de implorar ayuda de los dominadores del Mediodía, y uno de los principales eduos, Divitiac, vino á Roma á reclamar la protección tantas veces prometida á sus hermanos. Un acontecimiento inesperado obligó al senado á conceder, en fin, más atención á estas quejas. Súpose allí por entonces que, fatigados los helvecios de las continuas excursiones de los suevos, querían ir á buscar á orillas del Océano un clima menos ingrato y una vida más sosegada. Pero con sus aliados de la orilla derecha del Rin, que se habían comprome-



tido á seguirlos, formaban los helvecios una masa de cerca de cuatrocientas mil almas (1), y contaban hacer su camino por la Provincia.

Había pues para Roma en este proyecto un doble peligro: abandonada la Helvecia sería ocupada por los suevos, cuya vecindad era de temer; y atravesando la Galia estos cuatrocientos mil emigrantes, habían de causar necesariamente desórdenes, cuyas consecuencias no podían preverse. Por otra parte, uno de sus caudillos, Orgetorix, esperaba recobrar á favor de estos movimientos, la autoridad real que habían ejercido sus padres. El secuano Castic y el eduo Dumnorix, iniciados en estos proyectos, debían secundarlo y recibir de él todo el apoyo necesario para operar en su país la misma revolución. Después, este bárbaro triunvirato sometería toda la Galia (2).

Los proyectos de Orgetorix fueron luego descubiertos, pero la muerte de este caudillo no desvió al pueblo del plan de emigración que había concebido.

La alarma que causó en Roma todo esto era justificada



Moneda de los alóbroges (4)

Moneda de los eduos (5)

Orgetorix (6)

Moneda de Dumnorix (7)

Moneda de los alóbroges (8)

En días de marzo del año 58, partió César para la Narbonense, una de sus tres provincias, y en ocho días llegó á Ginebra. Los helvecios, para quitar de su ánimo toda esperanza de vuelta, acababan de quemar sus doce ciudades y sus cuatrocientos villorios, y se dieron cita para el 28 del mismo marzo á orillas del Ródano.

## II. — PRIMERA CAMPAÑA DE CÉSAR (58).

### — VICTORIAS SOBRE LOS HELVECIOS Y SOBRE ARIOVISTO.

Descendiendo del San Gotardo, corre el Ródano entre dos cadenas de altas montañas hasta el lago Lemán, que forma el mismo río, y de donde sale, cerca de Ginebra, para ir á chocar á algunas leguas de distancia contra el Jura y una de las últimas estribaciones de los Alpes, el monte Vuache. Después de una pugna en que el río acaba por triunfar, hace brecha en la montaña y abandona la Suiza por una garganta horrenda que separa el Franco Condado de Saboya, el país de los secuanos del de los alóbroges. Para penetrar en la Galia no tenían los helvecios otro camino, á no ser que se arrojaran á los desfiladeros del Jura, difícilmente practicables para una emigración de aquella especie, ó pasaran por cualquier punto el Ródano entre el Lemán y las montañas de los alóbroges.

Pero César, que estaba ya en Ginebra, había cortado el puente de esta ciudad. Vacilando los helvecios en arriarse á la garganta de la Esclusa, donde algunos hombres resueltos bastarían para detener un ejército, pidieron al

(1) Según los registros, llevados en lengua griega, que César encontró en el campamento enemigo, los emigrantes eran en número de 368,000, de los cuales los 92,000 estaban en aptitud de combatir.

(2) *Per tres potentissimos... Gallia totius sese potiri posse sperant* (César, de Bello Gallico, I, 3).

(3) César, ibid. I, 3: *in tertium annum*.

(4) Gamuza y rueda. Reverso de una moneda de los alóbroges. Las monedas de los alóbroges montañeses, tienen como esta por tipo una gamuza. Las demás que pertenecen á los alóbroges de las orillas del Lemán, tienen por tipo un hipocampo. (Nota de M. Saulcy.)

(5) Moneda de plata de los eduos: un oso.

(6) Busto de Diana con un collar de perlas y el carcaj á la espalda:

en verdad, porque se recordaba muy bien la participación que cuarenta años antes, habían tenido los helvecios en la formidable invasión de los cimbrós. Tres senadores enviados á la Galia llevaron un senadoconsulto, dando al gobernador de la Narbonense poderes ilimitados para hacer todo cuanto creyera útil á la república y para proteger á los aliados del pueblo romano. Atraídos por este decreto los eduos, se comprometieron á cerrar, con ayuda de los secuanos, los pasos del monte Jura.

Los helvecios y sus aliados se habían tomado tres años de tiempo para hacer sus preparativos (3) y el tercer año de este término venía á caer bajo el proconsulado de César. A él pues iba á tocar esta guerra, en ejecución del decreto senatorial del año 61. En esta previsión y para dividir de antemano á sus enemigos, procuró ya desde el año 59, atraerse al rey Ariovisto haciendo que se le diera el título de amigo del pueblo romano. El rey bárbaro prometió, en efecto, no poner ningún obstáculo á la ejecución del plan trazado contra los helvecios.

proconsul paso por las tierras de los alóbroges. Como no tenía aun César más que una legión, aplazó el 13 de abril su contestación; era una tregua de quince días que se daba y que aprovechó muy bien, pues cuando los diputados volvieron, vieron con sorpresa que aquellos pocos días le habían bastado para fortificar todos los puntos estratégicos de la orilla izquierda del río, desde el Jura hasta la punta del Lemán, en una longitud de 27 kilómetros. Tropas procedentes de la Provincia, defendían las trincheras, y todas las tentativas de los bárbaros para pasar el Ródano á viva fuerza hubieron de fracasar. Dumnorix y Castic hicieron que los secuanos les dieran su consentimiento; y sin cuidarse de la negativa de los eduos, enderezó la horda hacia el Saona, contenta ya por haber dejado á su espalda aquellos peligrosos desfiladeros.

Con una hábil operación, que no le había costado un hombre, acababa César de preservar la provincia romana de una peligrosa invasión. El peligro estaba ahora por el lado de los eduos; pero César había resuelto ya autorizarse con el senadoconsulto del 61 para salir de su provincia y socorrer á los aliados de Roma (9).

La marcha de los helvecios fué tan lenta, que tuvo tiempo suficiente para ir á Italia por cinco legiones, encontrando á su vuelta á los bárbaros ocupados aún en pasar el Saona, que los eduos no se habían atrevido á defender. Se estableció probablemente en Sathonay y esperó allí que las tres cuartas partes del ejército enemigo se hallaran á la otra orilla del río para exterminar su retaguardia, que per-

la palabra EDVIS recuerda la alianza entre los eduos y los helvecios, atestiguada por César. Por el reverso un oso, que Berna ha conservado en sus armas. Denario de plata.

(7) Dumnorix ó Dubnorix. Cabeza con grandes bucles de cabellos y el torques; en el reverso un caballo al galope (Saulcy, Numism. 9).

(8) Hipocampo. Reverso de una moneda de plata de los alóbroges del lago Lemán.

(9) César se autorizó con este decreto senatorial para toda la guerra de las Galias, y así dando á todos sus actos carácter de legalidad sin necesitar más autorizaciones del senado ni del pueblo, pudo levantar nuevas legiones y añadir una guerra á otra hasta que estuvo conquistada toda la Galia (César, de Bello Gallico, I, 35).

manecía en la margen oriental, á la altura de Macón (junio); después, lanzando en un día todo su ejército á la ribera opuesta, se encontró en presencia de toda la horda, que remontó hacia el Norte.

Por espacio de quince días la siguió de cerca sin encontrar ocasión de empeñar el combate, hasta que, faltándole los viveres por la traición de Dumnorix, resolvió ir á proveerse á la capital misma de los eduos (Bibracte, en el monte Beuvray, á 13 kilómetros de Autun). Creyeron los helvecios que huía y se arrojaron sobre su retaguardia; pero encontraron todo el ejército romano en orden de batalla en la falda de una colina, de donde partió una lluvia de flechas, que introdujo en sus filas el desorden. Las legiones entonces descendieron para acometer con la espada, y se empeñó un violento combate, que duró hasta media noche con inmensa pérdida por parte de los helvecios. Desde el principio de la batalla había dejado César su caballo en señal de que quería participar de todos los peligros y fatigas del soldado (fines de junio ó principios de julio).

El resto de la horda precipitó su marcha, camino del Norte, siempre para ganar el Rin y la Germania. Pero alcanzados muy luego por los romanos, rindieron las armas, y por orden del procónsul, los ciento diez mil hombres sobrevivientes de aquella emigración desastrosa, volvieron á sus montañas, que César no quería dejar que ocuparan los germanos. Los alóbroges recibieron orden de suministrar trigo á los restos de aquel malhadado pueblo hasta que hubieran sembrado sus tierras.

Un pueblo aliado de los helvecios, los boyos, quedó con permiso de César entre los eduos, que lo establecieron en su frontera del S. O. (el *Beaujolais*) para que la defendieran contra los arvernos. Erán los descendientes de aquel pueblo valeroso, que había abandonado á Italia por no vivir sujeto á Roma. Amenazados á orillas del Danubio por los getas, hubieron de asociarse á la fortuna de los helvecios, y después de más de cinco siglos, volvían á su primera patria, sometiéndose, en fin, al yugo de que con tanto odio y valor habían huido.

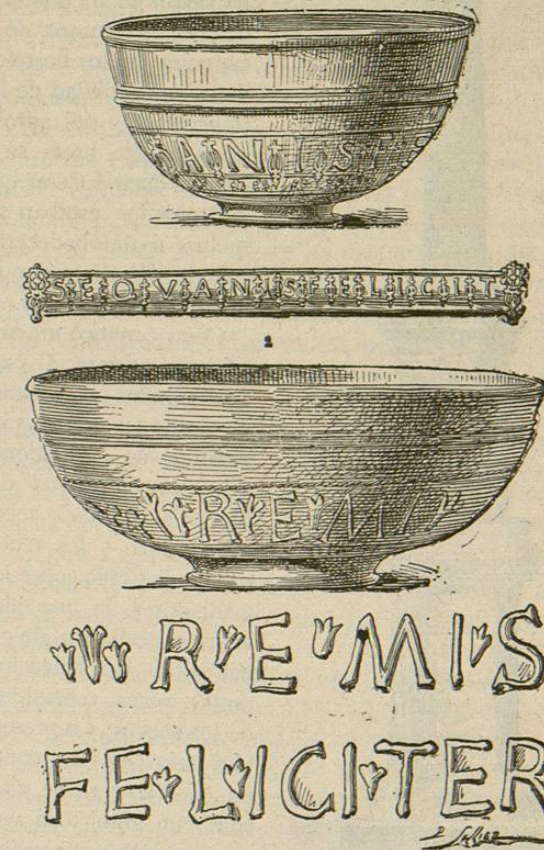
La Galia estaba entonces entre dos invasiones: la de los suevos, fuerza desordenada y salvaje, y la de los romanos, poder admirablemente organizado, formidables los dos para un pueblo que no sabía poner en común sus intereses y sus energías. Los suevos espantaban con su barbarie. «Todos los años, dice César, van sus guerreros á buscar combates y botín. No permanecen más de un año en un mismo paraje, ni viven más que de leche, de caza y poco trigo; se visten con pieles de animales, dejando siempre descubierta la mayor parte del cuerpo. No quieren géneros ni aun vino de procedencia extranjera, y gustan de rodearse de vastas soledades. Las tierras despobladas les parecen un título de gloria para la nación que ha hecho tales estragos; es una prueba de que muchos pueblos no han podido resistir á sus armas. Dicen que á espaldas suyas han hecho un desierto en un espacio de seiscientos mil pasos.»

No hay pues qué extrañar que, no habiendo podido cerrar sus puertas á tales huéspedes, se diera prisa la Galia en desembarazarse de ellos por mano de Roma.

Terminada la guerra de los helvecios, se encontró César enfrente de Ariovisto. No se tuvo en cuidado desechar los ruegos de los galos, cuando los diputados de las principales ciudades reunidos en asamblea general, *concilium totius Gallia*, fueron á implorar su ayuda contra el rey germano, porque aquellos bárbaros eran mucho más molestos para la provincia romana que los helvecios lo habían sido. Aníbal había impuesto á Roma la obligación de someter á España, de donde había partido el gran golpe

de la segunda guerra púnica; la conquista de este país había obligado al senado á asegurar un camino entre los Alpes y los Pirineos, y la seguridad de la provincia formada á lo largo de esta vía militar exigía que el *statu quo* territorial, creado en Galia por las victorias de Fabio y de Domicio, no se cambiara. Tal es el encadenamiento de las necesidades históricas cuya última y gloriosa consecuencia fué la guerra de las Galias.

El procónsul hizo proponer una conferencia á Ariovisto, el cual contestó altivamente: «Si yo necesitara á César, hubiera ido á buscarlo; César me necesita á mí, que venga pues á buscarme.» Habiendo replicado el procónsul con amenazas: «Nadie, dijo el bárbaro, nadie ha chocado conmigo, que no se haya arrepentido. Cuando César quiera,



Copas de los secuanos y los remos, de barro rojo (1)

mediremos nuestras fuerzas, y aprenderá á su costa lo que son los germanos, guerreros que hace catorce años no duermen bajo techado.»

Al mismo tiempo anunciaban los eduos que los harudes habían invadido sus tierras, y los treviro, que nuevas tropas suministradas por los cien cantones de los suevos se aproximaban al Rin. Toda la Germania estaba en movimiento: no había que perder tiempo para rechazar esta invasión, de que Ariovisto no era más que la vanguardia.

César se dirigió contra él á marchas forzadas hacia la importante plaza de *Vesontio* (Besançon) que el rey bárbaro quería tomar y adonde se le anticipó el procónsul llegando á primeros de agosto. La descripción que de ella hace prueba la exactitud de los datos que nos suministra, porque esta descripción puede servir hoy día:

«Está la ciudad tan bien defendida por la naturaleza, dice, que ofrece todas las facilidades para la guerra. El

(1) La copa de los secuanos se encontró en Ginebra en 1862. Damos al mismo tiempo la de los remos que se le parece mucho y el desarrollo de las dos inscripciones: *Sequanis Felicitas; Remis Felicitas*.



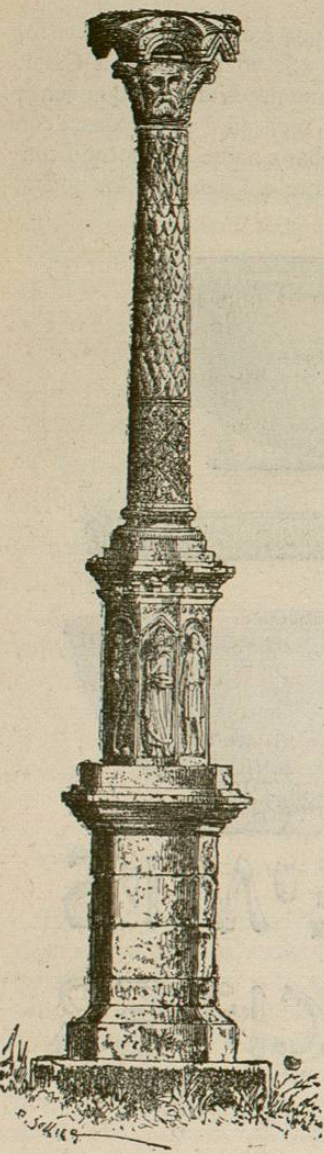
Doubs la rodea casi enteramente, y el espacio de 1600 pies (480 metros) por donde el río no pasa, está ocupado por una montaña cuya base lamen las aguas. Rodea un muro la montaña y hace de ella una ciudadela unida á la ciudad.»

César se detuvo allí algunos días para proveerse de víveres y tomar conocimiento del país, y por poco no le es fatal esta tregua. Espantados sus soldados de las referencias que hacían los habitantes de la alta estatura y del valor de los germanos, rehusaban pasar más adelante. En el campamento cada cual hacía su disposición testamentaria, y los menos espantados hablaban de las dificultades de los caminos, de la espesura de los bosques, de la imposibilidad de los transportes y del aprovisionamiento: hasta se le envió á decir á César que los soldados estaban resueltos á desobedecerlo, cuando diera la orden de mover los estandartes.

César convocó un consejo de guerra al cual asistieron los centuriones, y recordó en él todas las victorias de las legiones sobre los pueblos del Norte; las de Mario sobre los cimbras y los teutones, la de Craso sobre los gladiadores, la que ellos mismos acababan de ganar sobre los helvecios, tantas veces vencedores de los suevos; y representó á Ariovisto, no como un caudillo terrible, sino como un ambicioso vulgar que debía sus ventajas sobre los galos á pérdidas y mañas impracticables con los romanos.

«En cuanto á esos que por ocultar su miedo, añaden, hablan de las dificultades del camino y del aprovisionamiento, son bien temerarios en pretender prescribir ó recordar al general sus deberes. Este cuidado le pertenece á él solo y ya ha proveído á él. Los secuanos, los lingones (Langres) y los leucos (Toul) suministrarán el trigo, que ya está maduro en los campos. Respecto de los caminos, pronto

(1) *Rev. arqueol.* 1879 y 1880. Se ha puesto el último acto de la batalla contra los helvecios en los campos de Avenay á 20 kilómetros de Autun, y se ha creído que los despojos de la columna de Cussy, encontrados en este paraje, eran los restos de un monumento conmemorativo de la victoria de César. Pero los *Comentarios* no dan noticias geográficas que permitan reconocer el lugar de la acción. Las numerosas sepulturas de esta planicie son de un antiguo cementerio y no el inmenso osario de un campo de batalla, y los detalles arquitectónicos de la columna indican una época posterior á los Antoninos. Damos, sin embargo, el diseño de este monumento que ha figurado tanto en las tentativas hechas para encontrar el sitio en que César ganara su primera gran victoria.



Monumento de Cussy, cerca de Autun (1)

juzgarán ellos mismos. Se le ha dicho que los soldados se negarán á obedecer; pero el general no lo ha creído, porque un ejército no se rebela sino contra un caudillo inepto ó criminal. Por lo que á él hace, toda su vida atestigua su integridad, y la guerra de los helvecios su próspera fortuna. Así el general seguirá adelante; á la cuarta vigilia de esta misma noche se levantará el campo, pues está impaciente por saber si en el corazón de sus soldados puede más el miedo que el deber y el honor. Y si el ejército no lo siguiera, partiría él á la cabeza de la décima legión que será su cohorte pretoriana.»

Como consumado general, César no abandonaba ninguno de los derechos del mando; dando y todo razón de lo que hacía y esperaba, no permitía discusión sobre este punto. Lisonjeada la décima legión con la confianza que le mostrara, prometió su absoluta obediencia y toda su abnegación; y las otras por medio de sus tribunos y centuriones protestaron también de su incondicional sumisión á las órdenes del jefe «que tenía exclusivamente la dirección de la guerra.»

Dos caminos podían conducir á Besançon en el valle del Rin: uno más breve, pero montuoso y cortado por bosques, difícil por consiguiente; otro cincuenta millas más largo, porque contorneaba el macizo en la dirección de Besançon á Vesoul. César eligió este camino más fácil, aunque más largo; pero á los siete días de marcha estaba en el valle del Rin, adonde nunca había puesto un romano los pies.

Ariovisto acampaba allí, y solicitó del procónsul una entrevista entre los dos campamentos. Los dos acudieron á la cita, llevando cada uno diez jinetes: los de César eran soldados de la décima legión montados en caballos galos. «Ha superado sus promesas, decían éstos de buen humor: debía hacernos pretorianos y nos ha hecho caballeros, *equites*. Ariovisto echó en cara al procónsul haber invadido sus tierras en son de guerra. Aquella parte de la Galia, decía, era su provincia, como el senado romano tenía la suya, y no era tan bárbaro que no comprendiera que con pretexto de amistad, sólo pretendía César esclavizar á los galos. Y añadía: «Si no te alejas con tu ejército, te trataré como enemigo; y has de saber que han venido á mí muchos mensajeros de parte de los grandes de Roma á ofrecerme su amistad y su gratitud, si los desembarazo de tí (2). Pero déjame la libre posesión de la Galia, y sin fatiga ni peligro por tu parte, me encargaré yo de todas las guerras que quieras emprender.»

César no había ido tan lejos para retroceder; pero Ariovisto rehusó la batalla durante muchos días. Y era que las adivinas de los suevos habían consultado la suerte escuchando el murmullo de las aguas y estudiando los círculos que trazaba una piedra arrojada al río. La suerte había contestado «que no se debía combatir hasta que la luna nueva hubiera mostrado en el cielo su medio contorno de plata.»

A esta revelación hecha por los prisioneros, se dió más prisa César en empeñar la acción y consiguió que los germanos tuvieran que aceptar la batalla antes del momento feliz fijado por las profetisas. La batalla fué encarnizada, pero desastrosa para los bárbaros (10 setiembre). Sólo pudo escapar un pequeño número, y entre ellos Ariovisto, que herido pasó el río á duras penas.

Algunos días antes de la batalla, habiendo solicitado Ariovisto una nueva conferencia, hubo de enviarle César

(2) César cita estas palabras de Ariovisto. ¿Son auténticas? El odio implacable de los grandes contra el procónsul de las Galias, á quien después quisieron entregar á los germanos, puede muy bien hacerlo creer.

á M. Metio, huésped del rey bárbaro, y al galo Valerio Procilo, cuyo padre había obtenido de uno de los gobernadores de la Narbonense el título de ciudadano: Procilo hablaba el celta y podía entenderse con el germano, que entendía esta lengua. Pero á su entrada en el campamento los trató de espías y los cargó de hierros.

En la derrota los arrastraban sus guardias fugitivos, cuando César, que perseguía al enemigo á la cabeza de su caballería, los alcanzó y los puso en libertad. «La fortuna, decía, no ha querido turbar la alegría de mi triunfo con la pérdida del hombre más considerado de la provincia, mi huésped y amigo.»

Procilo le refirió que había visto consultar tres veces la suerte para decidir si debía ser quemado vivo en el acto ó más tarde. Dos de las mujeres de Ariovisto y una de sus hijas fueron degolladas probablemente con muchas de sus compañeras, porque como en la batalla de Aix, se habían colocado en los carros con que los suevos habían cubierto ambos flancos y las últimas filas del ejército.

La noticia de esta derrota cundió rápidamente llenando de júbilo á la Galia y de dolor á la Germania, y los suevos se alejaron del Rin y se perdieron en sus montañas. En una sola campaña había terminado César felizmente dos guerras formidables (58), y después de sus dos grandes victorias pasó á la Cisalpina para recibir las felicitaciones de sus amigos de Roma y llenar los deberes judiciales de su cargo, celebrando sus audiencias (*conventus*) en las principales ciudades de la provincia. Desde allí vigilaba también á los levantiscos pueblos de la Panonia. Eran estos otros celtas, que al rumor de los combates galos y de las victorias de los getas, sus vecinos, sobre los griegos de Olbia y de la costa de Tracia (1), podían caer en la tentación de tomar otra vez el camino del Adriático, donde habrían encontrado los huesos de las legiones exterminadas por sus padres. Hábiles negociaciones de que no quedan más que algunas huellas casi borradas, retuvieron á los panonios en la alianza de Roma; y no teniendo ya César nada que temer para sus provincias orientales, podrá desguarnecerlas y llevar todas sus fuerzas á la Galia (2).

### III.—SEGUNDA CAMPAÑA DE CÉSAR.—OPERACIONES CONTRA LOS BELGAS (57).

La derrota de Ariovisto había librado de la servidumbre á los eduos y á los secuanos; pero parte de sus clientes, en vez de volver bajo su protección, habían reclamado la de los romos, pueblo poderoso de la Bélgica, y César no había impedido esta defección. Luego en lugar de restituirse á Italia las legiones, habían tomado cuarteles de invierno en el país y parecía que el valle del Saona fuera ya, como el Ródano, una provincia romana.

Con esto, el descontento hubo de suceder al entusiasmo, como quiera que se tenía no haber hecho más que cambiar de dominación. Indignábase el pueblo atribuyendo á César la pretensión de restablecer la monarquía, y los ambiciosos decían que no se debía contar con sus adversarios tampoco, sino con Roma. Una nueva guerra vino á distraer por algún tiempo todos estos temores.

(1) La rica ciudad de Olbia en el *Hypanis* (Bug) y todas las ciudades del litoral N. E. del imperio hasta Apolonia, fueron destruidas hacia aquel tiempo por los getas. (Dion Cris. Orat. XXXVI).

(2) Los galos del Danubio, como los nuestros, habían salido ya de la barbarie. Desde el IV siglo antes de J. C. tenían moneda acuñada, mientras los germanos no la acuñaron hasta el tiempo de Carlomagno y los eslavos hasta el siglo XI de nuestra era (Fr. von Pulszky, *Monum. de la domin. celt. en Hungr.* Rev. arqueol. Set. 1879).

Los belgas se habían reunido en asamblea general y habían votado una leva en masa: doscientos noventa y seis mil hombres debían estar dispuestos en la primavera próxima para tomar las armas á las órdenes de Galba, caudillo de guerra de los susiones y belovacos. Advertido de estos movimientos por las cartas de su lugarteniente Labieno, levantó César dos nuevas legiones, las dirigió sobre Bélgica, y en cuanto pudo abriose la campaña, llegó él mismo á la frontera. Había ya preparado de antemano á los romos á desempeñar en el Norte el papel que Marsella desempeñaba en el Mediodía y los eduos en el centro, es decir á abrirles el país, á guiar su marcha, á preparar las defecciones; encargo que cumplieron con vergonzosa abnegación. Iccio y Antebrogio, dos de los principales jefes, vinieron á decirle que su pueblo se ponía bajo la fe del pueblo romano, que haría todo cuanto le fuera ordenado, y que entregaría rehenes, plazas y víveres. César exigió que se le presentara todo el senado y que se le entregaran los hijos de las más nobles familias.

En territorio de los romos, cerca de Bibrax (*Vieux-Laon*) se encontró César con los belgas, y estuvo algunos días indeciso en exponer sus legiones que no pasaban de sesenta mil hombres, al formidable choque de trescientos mil bárbaros, que tenían fama de ser los más bravos de la Galia. Para dividirlos, hizo partir secretamente á Divitiac y al ejército de los eduos con la misión de devastar, á espaldas de los confederados, el país de los belovacos, mientras él, por su parte, tomaba las precauciones necesarias en tan lejanos países. Hizo en Berry-au-Bac, una fuerte cabeza de puente, donde apostó á las órdenes de Titurio Sabino seis cohortes que debían darle seguridad para sus convoyes y para su retirada; y después ocupó á sus legiones, á la orilla derecha del Aisne, en un campo atrincherado, sobre una colina cuyos aproches estaban de suyo defendidos por el pantanoso río de Miette. Desde aquí podía estudiar sin peligro su manera de combatir y familiarizar á sus tropas con su aspecto.

Esta prudencia aumentó la confianza de los bárbaros, los cuales procuraron tomar á Bibrax que defendía el remo Iccio; pero un refuerzo enviado oportunamente por César los obligó á retirarse después de un enérgico ataque. Rehusando los romos atravesar el terreno pantanoso, se decidieron los belgas á contornear la posición pasando el Aisne por un vado más abajo, y advertido César por sus exploradores, envió contra ellos su caballería, que los cargó hasta el mismo lecho del río haciendo en ellos atroz carnicería. Este doble descalabro introdujo el desorden en el ejército bárbaro, y la noticia del ataque de Divitiac acabó de desbaratarlo. Los belovacos, en número de sesenta mil, corrieron á la defensa de sus hogares, los demás pueblos siguieron su fatal ejemplo, y César no tuvo ya más que lanzar sus jinetes para convertir aquella retirada en una fuga tan desordenada como vergonzosa. Durante un día entero estuvieron los romos matando bárbaros sin ningún peligro para ellos (57) (3).

Disuelta la coalición, convenía domar los pueblos uno tras otro: esto era más fácil, pero más largo. César puso en ello toda su actividad: el día siguiente marchó contra los susiones y sitió su capital Noviodunum (Soissons). Espantados los bárbaros al arrimo de las galerías cubiertas (*vineæ*) y al aspecto amenazador de las máquinas de batir murallas, capitularon sin demora. Su rey Galba, que se salvó á ruegos y lágrimas de los romos, entregó en rehenes

(3) *Sine ullo periculo... interfecerunt quantum fuit diei spatium.* (César, de Bello Gallico, II, 11.)